

ción y en esta lucha. Massena, por una serie de sabias combinaciones que han sido la admiración de todos los entendidos en el arte de la guerra, supo impedir oportunamente la reunión y derrotar ambos ejércitos uno tras otro, quitándoles la Suiza y rechazándolos á Alemania. Aquella gigantesca victoria salvó la Francia, Massena adquirió un renombre inmortal, y puede decirse que se disolvió la liga, porque el terrible Suwarow, justamente irritado contra los austriacos, no quería ya servir con ellos (1).

Mas si bien con la brillante evolución de Massena la Francia respiraba y se reponía en algun modo de sus desgracias exteriores, la perturbación interior, la desorganización de los partidos, el desprestigio del gobierno, los desórdenes, la especie de disolución social que amenazaba, hacían que todos apetieseran y buscaran con avidez un hombre, un genio superior capaz de sacar la nación de la anarquía y del laberinto en que se agitaba. En tal situación desembarcó Bonaparte en Frejus (9 de octubre, 1799). En su marcha desde Frejus á Paris, las ciudades y todas las poblaciones del tránsito le aclamaban con frenético delirio. Cuando á las dos horas de su llegada á Paris se encaminaba al Directorio, ¡Viva Bonaparte! gritó la guardia al reconocerle. Pronto su casa de Chantereine se hizo el centro á que acudían diariamente á felicitarle y como á rendirle homenaje directores, ministros y ex-ministros, diputados de ambos Consejos, generales, magistrados, jefes y ayudantes de la guardia nacional, todas las personas distinguidas, de todas las clases y opiniones. Además de los generales Lannes, Murat y Berthier que había llevado consigo, le rodeaban Jourdan, Augereau, Macdonald, Beurnonville, Moreau, Lefebvre, Leclerc, y Marbot, pertenecientes, como los directores y diputados, á todos los partidos políticos. Y todos le halagaban, esperando unos y temiendo otros de aquel hombre extraordinario (2). Bonaparte oía y observaba á todos, estudiaba la situación de la Francia, la tendencia de cada partido y el carácter de sus corifeos; guardaba una prudente reserva, y sin franquearse con nadie calculaba á quién le convendría unirse. Ya se fué advirtiendo que se inclinaba á los políticos, que era en efecto el partido mas sensato y el mas numeroso de la Francia. Sucesivamente fué desairando á Barrás, á Gohier y á Moulin, á quienes solo alguna contestación desahogada de Bonaparte bastó para considerarse perdidos. Sus simpatías de opinión y de mérito le unieron al fin con Sieyes haciendo desaparecer ciertas antipatías personales. El genio político y el genio militar se acercaron y se entendieron para preparar un gran golpe de Estado. Murat, Lannes y Berthier le ganaban diariamente los jefes del ejército, logrando la

(1) Fué tanto mas sensible á Suwarow este contratiempo y esta conducta del Austria, cuanto que acababa el emperador de conferirle el título de *Príncipe Itálico*, declarando con singular entusiasmo que era el mas grande entre todos los generales pasados, presentes y futuros. Mucho sufrieron este aguerrido general y sus soldados en su traslación de Italia á Suiza, y principalmente en las marchas y contramarchas por las montañas, gargantas y desfiladeros de la Helvecia, sosteniendo diariamente recios y desesperados combates, hasta que unido con Korsakoff se retiró á Baviera, maldiciendo de los austriacos. Al cabo de algun tiempo se volvieron ambos generales á Rusia con la mitad de la gente que de allí habían sacado.

(2) Los principales partidos políticos entonces eran: los jacobinos ó patriotas exaltados; los verdaderos republicanos, pero enemigos del terror; los moderados ó políticos, que deseaban una constitución menos libre, con tal que les diera mas paz, y el llamado de los *corrompidos* ó *podridos*, compuesto de gente de todas las fracciones, que solo habían buscado siempre el ser gobierno á cualquiera costa, hacer fortuna y conservar sus destinos y su dinero. En el Directorio Barrás era el representante de estos últimos; Gohier y Moulin de los primeros; Sieyes y Roger-Ducós representaban los políticos ó moderados.—Los jacobinos ó patriotas desconfiaban de Bonaparte, pero deseaban que destruyera lo existente, dejando para luego lo que despues hubieran de hacer. Los republicanos templados recelaban que fuese poco afecto á la república, y le hubieran querido en las fronteras ganando lauros militares, ó cuando mas le habrían dado una plaza en el Directorio. Los realistas no podían esperar nada de él, porque comprendían que un hombre como Bonaparte no había de trabajar por colocar á otro en un trono. Solo los moderados ó políticos deseaban sinceramente un cambio en la constitución y en el gobierno á la sombra de un hombre poderoso, con prestigio y con fuerza para acabar con las facciones turbulentas.

adhesión importante de Moreau. Los hermanos de Bonaparte, Luciano y José, le hacían prosélitos en ambos Consejos. Adoptóse ya un plan en junta secreta, y se acordó la forma de gobierno que se había de establecer. Por todas partes circulaba el rumor de que iba á efectuarse un gran acontecimiento que nadie sabía determinar.

Así las cosas, y preparado todo con la reserva, el tino y la prevision de hombres de tan gran talento, advirtiéndose en la mañana del 18 de brumario un movimiento imprevisto. Todos los generales y oficiales que había en Paris acudían de gran gala á la calle de Chantereine, donde vivía Bonaparte. Sieyes y Roger-Ducós marchaban á caballo en dirección de las Tullerías. Reuníanse los Consejos de los Ancianos y de los Quinientos. Nada sabían Gohier, Moulin y Barrás. En el de los Ancianos se presenta una proposición para que el Cuerpo legislativo se traslade á Saint-Cloud: la minoría se conmueve, la mayoría la aprueba, y se da el decreto. Se nombra á Bonaparte general en jefe de todas las tropas de Paris, de la guardia del Cuerpo legislativo, de la del Directorio, y de la guardia nacional. Se envía un mensajero á Bonaparte para que acuda á la barra, reciba el decreto y jure en manos del presidente. Bonaparte arenga á toda la oficialidad, le dice que la Francia está en peligro, y que cuenta con ella para salvarla. El general Lefebvre se muestra irritado. «Y bien, Lefebvre, le dice Bonaparte, ¿dejaréis perecer la patria en manos de esos abogados? Uníos á mí para salvarla: tomad ese sable; es el que yo llevaba en las Pirámides.—Pues bien, replicó Lefebvre conmovido; echemos de cabeza al río á los abogados.» Monta en seguida á caballo, va al Consejo, llevando como ayudantes á Moreau, Macdonald, Berthier, Lefebvre, Murat, Lannes, Leclerc y casi todos los generales de la república; se presenta en la barra, y dice: «Ciudadanos representantes: la república iba á perecer, y con vuestro decreto se ha salvado. ¡Desgraciados los que quisieran oponerse á su ejecución! Auxiliado por todos mis compañeros de armas que veis reunidos alrededor de mí, sabré reprimir sus tentativas.... Queremos la república cimentada en la verdadera libertad y en el sistema representativo.... Y juro en mi nombre y en el de mis compañeros de armas que lo conseguiremos.—Lo juramos todos.» repitieron los generales. Pasa al jardín de Tullerías, arenga á los soldados, les dice que va á hacer una grande y gloriosa revolución, y todos gritan ¡Viva Bonaparte!

Su hermano Luciano, que presidía el Consejo de los Quinientos, hace leer el decreto del de los Ancianos, levántanse desaforados gritos, pero Luciano les impone silencio, y los hace obedecer y disolverse. Faltaba obligar á los directores á renunciar: Sieyes y Roger-Ducós, de acuerdo con Bonaparte, presentan su dimisión: Talleyrand y Bruix se encargan de comprometer á Barrás á que presente la suya; Gohier y Moulin que estaban en el Luxemburgo como bloqueados por Moreau, y que se resistían con entereza á dejar sus cargos, piden una entrevista con Bonaparte, y sostienen con él fuertes y ágrrios altercados; pero de hecho el gobierno directorial estaba disuelto.

Conviénesse por la noche en lo que se había de hacer al día siguiente en la reunión de los dos Consejos en Saint-Cloud, y se acuerda el nombramiento de tres cónsules, Bonaparte, Sieyes y Ducós, y la suspensión de los Consejos hasta el 1.º de ventoso. Pero al día siguiente todo presenta un aspecto sombrío para Bonaparte, y todo parece conjurarse para deshacer sus proyectos. A las dos de la tarde se abre la sesión de ambos Consejos en Saint-Cloud. Bonaparte está á caballo al frente de las tropas; Sieyes, Ducós y otros personajes, con sillas de posta preparadas para emprender la fuga en caso de malograrse el golpe de Estado: Jourdan, Augereau y Bernadotte, esperando que una decisión legislativa les diera derecho á atraerse las tropas y acuchillar á los revolucionarios. Un diputado de los Quinientos hace una proposición favorable á aquellos planes, y estalla en la Asamblea un espantoso tumulto, prorumpiendo en desaforados gritos de ¡Fuera dictadores! ¡Fuera tiranos! ¡Viva la Constitución del año III! Los sucesos, pues, tomaban un giro peligroso, y encontrando Augereau á Bonaparte le dice en tono burlesco: ¡Amigo, estás en una buena situación!—Peor iban las cosas en Arcole

le respondió aquel: y encaminándose al frente de su estado mayor á la barra de los Ancianos, y tomando conmovido la palabra, pronuncia con voz trémula un discurso, cuyas últimas frases, dichas ya con enérgico y robusto acento, reanimaron á los suyos é intimidaron á los contrarios: *No olvidéis, les dijo, que yo marchó acompañado de la fortuna y del dios de la guerra.*

Desde allí pasa al de los Quinientos, mas al llegar al medio del salon le atruenan los gritos de: ¡Muera el dictador! ¡Muera el tirano! Multitud de diputados se abalanzan á él y le rodean, insultándole y amenazándole; acuden los granaderos que había dejado á la puerta, y le libran arrancándole fuera del salon. Continuó la tempestad dentro de la asamblea: pedía á grandes voces que se pusiera al dictador fuera de la ley: entonces fué cuando el presidente Luciano, quitándose la toga y el bonete, exclamó: ¡Miserables! ¡Queréis que ponga fuera de la ley á mi propio hermano! Renuncio la presidencia, y voy á la barra á defender al acusado. Bonaparte que lo oía desde fuera envía diez granaderos á que saquen de allí á su hermano. Juntos ya los dos, montan á caballo y recorren la línea de las tropas. El Consejo de los Quinientos está disuelto, les dice Luciano; lo declaro yo, que soy el presidente. Se han introducido asesinos en el salon de sesiones y violado la mayoría, por lo tanto os mando que marchéis á salvarla. Un batallón de granaderos se presenta á la puerta del salon: Granaderos, marchen, gritan los oficiales: penetran los granaderos, y dispersan á los diputados, que salen huyendo, unos por los pasillos y otros por las ventanas, con sus togas senatoriales. Bonaparte ha vencido, y queda dueño de la situación. Aquella noche se vistió de todo el poder ejecutivo á Bonaparte, Sieyes y Ducós, con el nombre de cónsules; se suspendieron los Consejos hasta el 1.º de ventoso; de ellos se sacaron dos comisiones de á veinticinco, que en union con los cónsules quedaron encargadas de redactar otra Constitución. Tal fué la revolución del 18 y 19 de brumario, que cambió enteramente la forma de la república y el gobierno de la Francia (1).

En todo este tiempo España había continuado siendo y conduciéndose como aliada, no solo fiel, sino hasta sumisa, de la república. El rey y los ministros lo sacrificaban todo al mantenimiento de esta alianza. Nuestras escuadras se movían segun los avisos ó segun las órdenes que se comunicaban de Paris, siquiera nos ocultasen el objeto de los movimientos que iban á ejecutar. La escuadra de Mazarredo salía de Cádiz ó se mantenía allí bloqueada por la inglesa, segun que lo disponía el Directorio. El ministro de Marina, Lángara, daba cuenta al gobierno francés, cuando este lo pedía, del número y estado de los buques que teníamos en Cádiz, en el Ferrol y en Cartagena, y gracias si antes de llegar sus oportunas é incontestables observaciones al Directorio desistió de llevarlos á Tolón, donde hubieran sin duda perecido á manos de Nelson, como la escuadra francesa en Abukir. Es admirable la docilidad con que nuestro gobierno acogía los planes de expediciones marítimas que despues le iba proponiendo el Directorio: expedición á Brest para el desembarco en Irlanda; expedición á Santo Domingo para intentar desde allí la reconquista de la Jamaica; expedición al Mediterráneo para socorrer á Malta; para las cuales, si bien no se verificaron, se hicieron preparativos. Solo resistió Carlos IV con noble firmeza á una pretension ya injuriosa de la Francia; la de que los navios de Cartagena que no tuviesen la dotación correspondiente fuesen llevados á Tolón para tripularlos con marinería suya y ponerlos al mando de

(1) Con la relacion de este suceso termina Thiers su Historia de la Revolución francesa, en la cual no dejamos de extrañar que, siendo España la única monarquía aliada de la república, siendo la que le prestaba mas auxilios contra Inglaterra, siendo sus escuadras y sus tropas las únicas con que contaba para ir reparando los descalabros de su marina, defender sus puertos, ó acometer cualquiera empresa naval, y siendo su embajador en Paris tan considerado del Directorio y tan influyente en las resoluciones mismas del gobierno, apenas mencione á España en su Historia sino someramente y como por incidencia, y omite de todo punto servicios importantes que esta nación prestó á la república en el período de que tratamos, y la parte que tuvo en las operaciones y combinaciones de las guerras que se hacían ó se intentaban.

oficiales franceses. «Mientras que un navio lleve el nombre español, respondió el ministro Urquijo, no consentiré S. M. que le tripule marinería extranjera, ni le mande ningun oficial que no sea de la marina real: si la Francia quiere comprarlos, se le venderán, á cuyo fin se presentará una nota con el precio de ellos.» Se hizo en efecto la valuación y se le envió al Directorio, pero no los compró. En cambio obtuvo permiso para construir buques de guerra en el puerto español de Pasajes.

Quiso despues que se reuniesen para salir juntas al mar las escuadras española y francesa, de Cádiz y de Brest, mandada aquella por Mazarredo, esta por el almirante Bruix, viniendo Bruix á Cádiz á buscar la española (2). El general francés dejaba entender que el objeto de la reunión de las fuerzas navales aliadas era la reconquista de Mahon, que tanto interesaba y en que tanto empeño tenía Carlos IV. Nuestro embajador en Paris estaba creyendo que se proponían hacer el desembarco de tropas en Irlanda. Una feliz casualidad le descubrió con sorpresa que el verdadero plan era llevarlas á Egipto ó á Siria para auxiliar las operaciones de Bonaparte. Inmediatamente pasó al Directorio, quejóse enérgicamente de su proceder con el monarca español su amo; expuso los peligros inminentes de la ida de las escuadras á Egipto, y tuvo la fortuna de convencer al Directorio y de lograr la suspensión del fatal proyecto (3). Cuando esto supo el gabinete de Madrid por conducto del mismo Azara, le contestó encargándole disuadiese de nuevo á los directores de todo proyecto sobre envío de las escuadras á Egipto, recomendando otra vez la idea de pensar con preferencia en Irlanda, y sobre todo en Menorca, pero concluyendo con decir que S. M., como aliado fiel de la república, no se apartaría de los designios de la Francia, y en prueba de ello la escuadra del Ferrol llegaría pronto á Rochefort, segun aquella lo había pedido.

Al tiempo de partir para Rochefort el general de marina Melgarejo con cinco navios, dos fragatas y un bergantín de guerra, y con tres mil hombres de desembarco mandados por don Gonzalo O'Farrill, siempre en la suposición de ser destinados á Irlanda, salió de Brest la escuadra francesa al mando del almirante Bruix (mayo, 1799), y á los pocos días entró en el puerto de Tolón, habiéndola impedido un fuerte temporal reunirse con la de Mazarredo en Cádiz. Inmediatamente se movió la escuadra inglesa que bloqueaba á Cádiz en seguimiento de aquella, y Mazarredo se situó con la suya en el Estrecho para interceptar cualesquiera navios que intentaran pasar á reforzar al almirante inglés: pero habiéndole mandado el gobierno internarse en el Mediterráneo, no solo se frustró el atinado plan de Mazarredo, dando lugar á que pasaran dos flotas inglesas que hubieran podido caer en su poder, sino que una tormenta horrible le obligó á entrar en Cartagena con sus navios tan lastimados que en muchos días no era posible salir con ellos al mar (4). Con esto, y con el arribo de la escuadra

(2) Archivo del Ministerio de Estado, leg. 50, núms. 9, 47, 81 y otros.—Leg. 51, Correspondencia de Mazarredo y de Gravina, núms. 1 y 2.

(3) Hé aquí la manera casual y curiosa como lo supo Azara, segun lo refiere el mismo. Una mañana se le anunció y presentó una joven de buen porte y bastante agraciada, que había mostrado mucho deseo de hablarle: recibíola, no sin alguna sospecha del objeto con que suelen hacerse en Paris tales visitas. Mas luego le manifestó ser la prometida de un oficial francés del ejército de Egipto, y le suplicaba que, pues iba á partir para aquel país la escuadra española, le hiciera el obsequio de dirigir con toda seguridad una carta para dicho oficial. Dijo Azara que estaba en una equivocación, pues la escuadra española llevaba rumbo y destino muy diferente. Insistió la joven en que iba á Egipto, y dió tales pruebas de saberlo con certeza, designando la persona que la había informado, que Azara comenzó por vacilar y acabó por inclinarse á creerla. Ofreció enviar la carta, y apenas despidió á la joven, pasó á ver á su amigo Talleyrand, con quien, usando de la confianza que tenía, descargó todo su enojo de verse juguete de los abogados, y juntos fueron en seguida al Directorio.

(4) Componían la escuadra de Mazarredo los buques armados siguientes:

Navios	
Purísima Concepción de . . . . .	112 cañones.
Príncipe de Asturias. . . . .	112
Santa Ana. . . . .	112

francesa de Brest á Tolón que hizo calcular á Carlos IV haberse abandonado el pensamiento de la expedición contra Irlanda, pidió con insistencia al Directorio el regreso de la flota de Melgarejo desde Rochefort al Ferrol, donde podía hacer falta para la defensa del reino. El Directorio, acostumbrado á no ser contrariado en sus disposiciones, tomó de ello tanto enojo que Azara temió un rompimiento y expidió un correo á Madrid manifestando estos temores.

De tal modo asustó al rey y á los ministros la idea de haber enojado al Directorio, y sobre todo la del peligro de perder la alianza de la república, cosa que miraban como el mayor de los males, que por consejo de aquellos escribió el monarca á los directores una larga y humillante carta, dándoles explicaciones y satisfacciones cumplidas, y sometiendo en todo á su voluntad, como se deja ver por los párrafos siguientes:

«Vosotros, grandes amigos, habeis creído que estas consideraciones no contrabalanceaban la utilidad que se seguiria de hacer pasar dicha escuadra á Brest.... Y me pedís que mande esta traslación. Nada mas conforme á mis deseos que el complaceros, y así expido las órdenes para verificarlo. Pospongo á ellos toda consideración, y es tan fuerte para mí la de la alianza, y la idea en que estoy de que sea conocida de todas las potencias, y particularmente del enemigo comun, que basta á determinar para obrar así.... Es inútil hablar ya de lo pasado, ciudadanos directores. Yo me lisonjeo que por todos títulos soy digno de vuestra amistad y confianza. Me habeis visto siempre pronto á obrar con ella. Mis escuadras han estado paralizadas, y servidos de este modo en daño mio y del bloqueo de mis puertos, porque me manifestasteis en dos ocasiones que os convenia.... Vivo con la mayor confianza y seguridad de vuestra inalterable buena fe. Contad siempre con mi amistad, y creed que las victorias vuestras, que miro como mias, no podrán aumentarla, como ni los reveses entibiárla. Ellos, al contrario, me ligarian mas, si es posible, á vosotros, y nada habrá que me separe de tales principios. He mandado á cuantos agentes tengo en las diversas naciones que miren vuestros negocios con el mismo ó mayor interés que si fuesen míos, y os protesto que recompensaré á los que observen esta conducta como si me hiciesen el mejor servicio. Sea desde hoy, pues, nuestra amistad, no solo sólida como hasta aquí, sino pura, franca, y sin la menor reserva. Consigamos felices triunfos para obtener con ellos una ventajosa paz, y el universo conozca que ya no hay Pirineos que nos separen cuando se intente insultar á cualquiera de los dos. Tales son mis votos, grandes amigos, y ruego á Dios os guarde muchos y felices años.—De Aranjuez á 11 de junio de 1799.—Vuestro buen amigo, Carlos.—Mariano Luis de Urquijo.»

Reunieronse al fin en Cartagena, segun lo descaba el Directorio, las escuadras francesa y española, no sin haber corrido

Conde de Regla. . . . .	112 cañones.
Mejicano. . . . .	112
Neptuno. . . . .	80
Oriente. . . . .	80
Pelayo. . . . .	80
San Telmo. . . . .	74
Soberano. . . . .	74
San Francisco de Asis. . . . .	74
San Pablo. . . . .	74
Nepomuceno. . . . .	74
Bahama. . . . .	74
Conquistador. . . . .	74
San Joaquín. . . . .	74
San Francisco de Paula. . . . .	74
<i>Fragatas</i>	
Alacha, de. . . . .	36
Perla. . . . .	36
Cármen. . . . .	36
Matilde. . . . .	36
<i>Bergantines</i>	
Descubridor, de. . . . .	18
Vigilante. . . . .	18
Vivo. . . . .	18
Corbeta Colon. . . . .	24

la de Bruix el riesgo de tropezar en la costa de Génova con la inglesa de lord San Vicente, y reparada ya la de Mazarredo y reforzada con otro navío de ciento doce cañones, el *Maria Luisa*. Aunque entre las dos presentaban la considerable fuerza de cuarenta navíos de línea, era sin embargo inferior en una tercera parte á la escuadra británica, que constaba de sesenta y un navíos, y era temible, no solo por la superioridad numérica, sino por la actividad y la rapidez de sus movimientos y evoluciones. No habia conformidad de pareceres entre Bruix y Mazarredo sobre las operaciones que convendría emprender. Bruix proponia hacer excursiones, salir al encuentro de alguna de las divisiones enemigas, y batida que fuese, pasar á Rochefort y á Brest, y recoger los navíos que allí hubiera: Mazarredo opinaba por ir á Cádiz: el gobierno español insistia en su pensamiento favorito de la reconquista de Mahon; mas al fin, por complacer al Directorio, hubo de desistirse de la empresa de Menorca, comunicóse así á Mazarredo, y con acuerdo de los dos gobiernos de Francia y de España pasaron las escuadras aliadas á Cádiz (julio, 1799). La de Melgarejo continuaba en Rochefort bloqueada por los ingleses, pero las tropas que mandaba O'Farrill tuvieron orden de ir por tierra á Brest.

Allí era donde el Directorio queria tener reunidas todas las fuerzas navales combinadas, con preferencia á Cádiz; y como, aparte de las razones y de la conveniencia que en ello hubiese, y no obstante las reflexiones que Mazarredo hacia á Bruix en contra de sus planes, habia de concluirse por hacer lo que querian los franceses, ordenó el ministro Urquijo á Mazarredo á nombre del rey que saliera de Cádiz con su escuadra y acompañara la del almirante Bruix á Brest, donde arribaron felizmente (8 de agosto, 1799), anunciándolo al punto el telégrafo al Directorio de Paris. En cuanto á la flota de Melgarejo bloqueada en Rochefort, no pudo incorporarse con las de Brest, pero logró, burlando la vigilancia de los vigías de la costa, salir de aquel puerto, y ya que no pudo tomar el rumbo que intentaba, se volvió al Ferrol (11 de setiembre, 1799).

Tan pronto como se supo el arribo de las dos escuadras á Brest, fueron llamados por telégrafo los dos generales Bruix y Mazarredo á Paris, encargándoles llevasen consigo otros generales, los que consideraran mas capaces, con objeto de celebrar un consejo de guerra. Llegaron aquellos dos célebres marinos (1), mas cuando el embajador Azara lo estaba preparando todo para el consejo, llegó un correo de Madrid, portador de un decreto exonerándole de la embajada, nombrando en su lugar á don Ignacio Muzquiz, que desempeñaba la de Viena, y reemplazando á este con el general O'Farrill (2). Además de la falta de acuerdo que habia mediado siempre entre el embajador Azara y el ministro Urquijo, nunca este perdonó á aquel su conducta en el 30 de prairial, su influencia en el Directorio y su comportamiento con los amigos que Urquijo tenia en Paris, y así no podia sorprender á nadie este resultado (3). Los directores y ministros, y especialmente Sieyès y Talleyrand, rogaban á Azara que no saliese, y le ofrecian enviar un embajador extraordinario á Carlos IV pidiéndole revocara el decreto de su remoción, pero Azara no lo consintió en manera alguna, satisfecho con tener aquella ocasion de retirarse á la vida privada á descansar del trabajo de cuarenta años de servicios públicos; antes bien influyó en que su sucesor Muzquiz fuese bien recibido. A los pocos dias nombró tambien el gobierno de Madrid al general Mazarredo embajador cerca de la república simultáneamente con Muzquiz, conservándole el mando de la escuadra española de Brest, que, como decia Azara, continuaba allí pudriéndose y costándonos mucho.

Cuando Bonaparte regresó de Egipto á Paris (octubre, 1799),

(1) Mazarredo fué recibido con la mayor distincion por el Directorio, y en muestra de consideración y de aprecio le fué regalada á nombre de la nacion una armadura completa de la manufactura de Versailles.

(2) «Teniendo presente el rey (decia el decreto) la instancia que V. E. habia hecho de dejar esa embajada, he venido en exonerar á V. E. de ella, y nombrar para que le suceda, etc.»

(3) Cruzáronse con este motivo entre el ministro y el embajador cartas bastante picantes, que Azara nos ha dado á conocer en el cap. 16 de sus Memorias póstumas.

encontró todavía en aquella capital á su amigo Azara, con quien conversó á solas en su gabinete por espacio de tres horas, informándole de sus campañas de Egipto y de Siria, y preguntándole los motivos de su remoción y el estado en que se hallaban los negocios de España. «Me mostró aun mayor deseo, escribe el mismo Azara, de saber mi opinion acerca del propio gobierno francés, y yo no le disimulé su monstruosidad, y que me parecia imposible que pudiera subsistir. Le conté la historia de todos los sucesos ocurridos durante su ausencia, que él ignoraba por la interrupcion de correspondencia con Francia. Por la misma razon no conocia el carácter y cualidades de los principales actores del actual gobierno, y quiso que yo se los dijese y descubriese. En fin, me pidió que con la ingenuidad que me conocia le dijese el remedio que yo creia poderse aplicar. Yo le manifesté con franqueza mi parecer, y los sucesos ocurridos pocos dias despues de mi salida de Paris justificaron que mi conversacion no fué perdida. Volví no obstante, antes de partir, á ver á Bonaparte, y me hizo las mayores instancias para que me detuviese, con varias proposiciones que no es del acto referir, pero yo no me adherí á ellas, y partí (1).» En efecto, partió Azara de Paris, y se retiró á Barcelona (noviembre, 1799), desde donde escribió al príncipe de la Paz una carta, de que antes hemos hecho mérito.

Réstanos solamente añadir, para acabar de trazar el cuadro de la situacion de España en sus relaciones con otras potencias al terminar el año 1799, que entre los compromisos que nos trajo la alianza con la república francesa lo fué tambien la guerra que nos declaró la Rusia. Habia ya resentido y enojado al czar Pablo I la resistencia que encontró en el gobierno español y su obstinada negativa á las proposiciones, ofrecimientos y halagos que empleó para ver de reducir á Carlos IV á que rompiese ó abandonase la alianza con la república. Engreido despues el soberano moscovita con el título de protector y gran maestre de la orden de San Juan en Jerusalem con que los caballeros de su imperio le habian investido á consecuencia de la conquista de Malta por Bonaparte, tuvo la pretension de que los monarcas católicos reconocieran su gran maestrazgo, y aun la de crear un protectorado para unir todas las comuniones cristianas. La justa y razonable oposicion de un monarca que habia heredado de sus mayores por una larga y no interrumpida serie de siglos el glorioso dictado de Católico á la extraña pretension de un soberano que estaba fuera de la comunión romana, acabó de agriarle con Carlos IV y declaró la guerra á España (15 de julio, 1799), si bien fundándola solo en causas y consideraciones políticas.

A esta declaración respondió Carlos IV con un real decreto que decia así:

«La religiosa escrupulosidad con que he procurado y procuraré mantener la alianza que contraté con la república francesa, y los vínculos de amistad y buena inteligencia que subsisten felizmente entre los dos países, y se hallan cimentados por la analogía evidente de sus mutuos intereses políticos, han excitado los celos de algunas potencias, particularmente desde que se ha celebrado la nueva coalicion, cuyo objeto, mas que el quimérico y aparente de restablecer el orden, es el de turbarle, despotizando á las naciones que no se prestan á sus miras ambiciosas. Entre ellas ha querido señalarse particularmente conmigo la Rusia, cuyo emperador, no contento con arrogarse títulos que de ningun modo pueden corresponderle (2), y de manifestar en ellos sus objetos, tal vez por no haber hallado la condescendencia que esperaria de mi parte, acaba de expedir el decreto de declaración de guerra, cuya publicacion sola basta para conocer el fondo de su falta de justicia.» (Se inserta el manifiesto del emperador, y continúa: «He visto sin sorpresa esta declaración, porque la conducta observada con mi encargado de negocios, y otros procedimientos no menos extraños de aquel soberano, hacia tiempo me anunciaban que llegaria este tiempo. Así, en haber

(1) Memorias póstumas, publicadas por el marqués de Nibbiano, capítulo último.

(2) Aludia evidentemente al título de protector y gran maestre de la orden de San Juan.

ordenado al encargado de Rusia, el consejero Buttzow, la salida de mi corte y estados, tuvo mucha menor parte el resentimiento que las consideraciones de mi dignidad. Conforme á estos principios, me hallo muy distante de querer rebatir las incoherencias del manifiesto ruso, bien patentes á primera vista, y lo que hay en él de ofensivo para mí y para todas las potencias soberanas de Europa; y como que conozco la naturaleza del influjo que tiene la Inglaterra sobre el Czar actual, creeria humillarme si respondiese al expresado manifiesto, no teniendo á quien dar cuenta de mis enlaces políticos sino al Todopoderoso, con cuyo auxilio espero rechazar cualquiera agresion injusta, que la presuncion y un sistema de falsas combinaciones intenten contra mí y contra mis vasallos, para cuya proteccion y seguridad he tomado y tomo aun las mas eficaces providencias, y noticiándoles esta declaración de guerra les autorizo á que obren hostilmente contra la Rusia, sus posesiones y habitantes. Tendráse entendido en mi Consejo para su cumplimiento en la parte que le toca. En San Ildefonso á 9 de setiembre de 1799.—A don Gregorio de la Cuesta (3).»

Por fortuna si los ejércitos rusos consiguieron triunfos señalados en Italia, sus descalabros y derrotas en Holanda, Suiza y Alemania, libraron por entonces á España de los peligros en que hubiera podido ponerla esta guerra.

Tal era la situacion del gobierno y de la nacion española relativamente á otras potencias en los últimos años de la república francesa hasta la revolucion del 18 de brumario y proclamacion del consulado.

## CAPITULO VIII

Interior.—Ministerio de Saavedra, Jovellanos, Soler, Urquijo y Caballero

DE 1798 Á 1799

Comportamiento de Saavedra y Jovellanos con el príncipe de la Paz.—Intenta Jovellanos la reforma de los estudios públicos.—Válese para ello del sabio obispo Tavira.—Proyecta sujetar la Inquisicion á las reglas de los demás tribunales.—Es exonerado del ministerio y enviado á Asturias.—Reemplázale Caballero: carácter de este ministro.—Extraña enfermedad de Saavedra.—Urquijo y Soler, ministros interinos de Estado y Hacienda.—Estado lastimoso del tesoro.—Informe desconsolador de la Junta de Hacienda.—Arbitrios y recursos.—Empréstitos, donativos, venta de alhajas, enajenacion de bienes vinculados, eclesiásticos y civiles.—Nuevos préstamos.—Fondos de pósitos.—Emision de vales.—Cajas de descuentos.—Igualacion forzosa del papel con el metálico.—Impuesto sobre los objetos de lujo.—Junta eclesiástica de vales reales.—Sus planes económicos.—Espantoso déficit en las rentas.—Situacion angustiosa.—Crédito ilimitado para socorrer al papa.—Breves pontificios otorgados en agradecimiento al rey de España.—Muerte del papa Pio VI.—Novedad en la disciplina eclesiástica española.—Guerra de escuelas con este motivo.—El ministro Urquijo apoya á los reformadores.—Sus ideas respecto á la Inquisicion.—Proclamacion del papa Pio VII.—España le reconoce.—Escasísimos adelantos en la administracion de justicia en este tiempo.—Pruebas de poca cultura y civilidad.—Groseras costumbres populares.

Habia llevado el príncipe de la Paz al gobierno, pocos meses antes de su caida, si no enteramente por inspiracion propia, aceptando con gusto la indicacion que alguno de sus amigos le hizo, dos hombres ilustres, á quienes el rey por su consejo encomendó los ministerios de Hacienda y Justicia, don Francisco Saavedra y don Gaspar Melchor de Jovellanos. Mereció sin duda alabanza entonces y ahora el príncipe de la Paz por haberse asociado en el gobierno personas tan capaces y tan dignas. Especialmente Jovellanos, propuesto por su amigo el conde de Cabarrús, llevaba ya una gran reputacion como sabio jurisconsulto y magistrado integérrimo, como político y economista, como hombre de una erudicion tan brillante como profunda; que de todo habia dado públicas é inequívocas pruebas, ya en el desempeño de sus cargos, ya principalmente en las muchas obras que su fecundo ingenio habia ya producido. Sacando el príncipe de la Paz á este hombre ilustre del rincón de Asturias á que le habian hacia años relegado, nombrándole primero embajador de Rusia y

(3) Gaceta de Madrid de 13 de setiembre de 1799